

## Mi condición

Volver a casa sola. Volver a casa sola por la noche. Caminar en la oscuridad después de haber estado con amigos toda la noche. Ese momento en el que ya no soy parte de un grupo de amigos y mis pensamientos no están en lo guapo que es Jaime, lo bien que entran hoy las cervezas, recordar lo poco que me gusta la música que ponen en la discoteca o maldecir mis tacones cuando podría haberme puesto las zapatillas de deporte, que para el caso que me ha hecho Jaime... por lo menos hubiera estado cómoda. Ese momento en el que ya no soy parte de un grupo y me convierto en un individuo, en una mujer. Una mujer que camina sola a casa por la noche.

Es más que curioso comprobar que, aunque ahora es cuando soy consciente de la situación, todo había empezado mucho antes. Antes de salir a la calle, antes de ir a la discoteca, mientras me vestía para salir, cuando salí de la vagina de mi madre. Retroceder así, de golpe, produce una angustiosa sensación de vértigo.

Cuando me maquillaba frente al espejo pretendía estar moderadamente hermosa. Quería que mi cara no fuera la que va a la facultad con ojeras porque trabajé el día anterior y que mi pelo no bailase sobre mi cabeza en un moño porque las prisas no me habían dejado tiempo para arreglarme. Sin pasarse. Sin parecer que todos esos cuidados sobre mi persona son una invitación porque, aunque salga a bailar con mis amigas, no sea salir a bailar con mis amigas lo que busco esta noche. Ese imposible punto medio entre buscona y mojjigata.

Y baila. Pero no hagas movimientos obscenos que despierten a la bestia que puedan llevar dentro los mirones. Tampoco seas la monjita con la copa en la mano que solo mueve los pies, a ver si alguno cae en la tentación de preguntar si estás triste o te pasa algo. Sin embargo, en ese momento y en ese ambiente

siento la protección del grupo. Mis amigas y mis amigos son una frágil pero reconfortante muralla humana.

Al final hay que salir a la calle. Inevitablemente sola. Hay que caminar de regreso a casa. Es como pasar de ir en coche con el cinturón puesto a subir en una moto sin casco.

Y me fastidian muchas cosas, una de ellas es que de repente ya no hay seguridad. Solo ha bastado un adiós, un hasta luego o un mañana nos vemos para entrar en zona de peligro. Y todo esto no pasaría si no fuera por mi condición. No es una sensación general o natural al ser humano, es simplemente por ser quien soy.

Aprieto el paso. Intento no pasar por calles oscuras, aunque el camino por ellas sea más corto. Procuo no mirar a los desconocidos a la cara. Saco el móvil por si tengo que fingir una llamada y al mismo tiempo me sirve para entretenerme, miro los mensajes antiguos; el camino es eterno. Unos cientos de metros pueden convertirse en kilómetros. Igual que una clase aburrida en la universidad, una hora puede parecer años.

Parece mentira. Tiene incluso un punto de vulgaridad. Es como en las películas malas de miedo. Temo porque es de noche y estoy sola. *Quomodo fabula sic vita*. Es de noche, estoy sola y tengo una condición. Pienso en la peli de Alfred Hitchcock, con la muerte en los talones, la escena del avión. A plena luz del día, un espacio totalmente abierto, un avión persigue a Cary Grant, y así de sencillo, el director crea un suspense magnífico dándole la vuelta a las convenciones del género. Pero en mi caso no. Es de noche y estoy sola, y tengo una condición. La vida real es una peli mala de serie B.

Metó mi pelo dentro del abrigo. No quiero que nadie pueda ni siquiera sugerir que yo provoqué el problema. Que incité a algún capullo a acercarse porque no pudo resistirse a la visión de mi sedoso pelo o su fragancia irresistible. No quiero lidiar con los puedo acompañarte a casa o a dónde vas tan sola. Camino

incómoda, y no es por los tacones. Una sensación desagradable en el estómago y la garganta, y no es por el alcohol.

Llego a la parada del autobús. Está tenuemente iluminada. El autobús todavía tardará quince minutos en llegar.

Es una paradoja. En realidad no sé si es una paradoja. El caso es que ahora me alegro de estar sola. Vuelvo a sacar el móvil. Un mensaje de mi amiga: "Avisa cuando llegues a casa". Ningún mensaje del mamón de Jaime. Quizás deba hacer lo que dice Julia, pasar de él para que me haga algún caso.

Mi alegría es efímera. Se acerca un chico. Viene hacia la parada. Lleva gafas, camisa de rayas y una mochila. Tiene aspecto de estudiante. Él es el primero que habla.

- Buenas noches.
- Hola.
- ¿Sabes cuánto le queda al autobús?
- Unos quince minutos.

Asiente con la cabeza. Unos segundos de silencio. Vuelve a hablar él.

- ¿Estudias aquí? Creo que te he visto alguna vez por la facultad.
- Lo siento, pero no me suenas.
- Yo estudio arte.
- Entonces es imposible que nos conozcamos, yo estudio química en la facultad de ciencias. Por arte no me suelo mover.
- Ah, pues entonces no sé.

Habla con una sonrisa.

- Entonces quizás hay alguien por ahí muy parecido a ti.

Yo contesto seria.

- Quizás.

Breve silencio. Miro la hora en el móvil.

- ¿Y vuelves sola a casa?
- Sí.

Escupo más que afirmo. Me levanto y mi indignación se hace evidente. Ando unos pasos y estiro el cuello en busca del autobús que me libere de esta conversación. Miro la hora en el móvil aunque ya la sé.

El muchacho no es ajeno a esto. Intenta suavizar las connotaciones de su pregunta.

- No, lo digo porque no sé si sabes las últimas noticias.
- ¿Te refieres a lo de los muertos?
- Sí, asesinados, con la garganta desgarrada.
- Estoy al tanto. Tres en tres meses. Muere gente todos los días en todos los sitios. Si tuviera que quedarme encerrada en casa por eso...
- Ya, pero hay que ser precavido. No se sabe quién puede ser un loco.
- O una loca.
- La estadística dice que es un loco.
- O sea, que la estadística dice que de nosotros dos, tú serías el potencial asesino.

Él ríe.

- No te preocupes. Yo soy artista. O por lo menos estudiante de arte, potencial artista es lo que soy.
- Yo química en potencia. Cambiemos de tema. No más asesinatos por favor.

– Vale, ¿te molesta la conversación? ¿Quieres que me calle? Ya en el colegio me regañaban por hablar cuando no debía. Si prefieres esperar en silencio lo puedo comprender, solo tienes que decírmelo.

– No, mientras viene el autobús podemos hablar, pero háblame de arte. ¿Qué hacéis en la escuela? ¿Te gusta lo que estudias?

– No sé, sí, imagino que pasa en todas las facultades. Me decepciono un poco a veces. Seguro que también te pasa a ti. Estudio el arte que han hecho los demás. Y cuanto más sé más me doy cuenta de que todos han ido copiándose a todos a lo largo de la historia. A lo mejor debería haber intentado ser artista y no dedicarme solo a estudiar el arte que han hecho los demás. Quizás me falte valor para eso.

– Ni idea, no sé mucho de arte. Sé que crear algo siempre es complicado, también ocurre en la química. Pero no me hagas mucho caso, si me sacas de las ciencias me pierdo.

– Pues aquí va la primera lección: decían los griegos que el arte es la imitación de la naturaleza. Así que hasta el primer artista estaba copiando.

– No sé si eso podría llamarse copiar...

Repentinamente cambia la expresión de su rostro. Aparta su mirada y no puedo diferenciar si está triste o nervioso. Se pasa la mano por el pelo y con un tono serio concluye la conversación.

– Vamos a dejarlo. Yo tampoco sé nada de química. Lo dejamos en tablas.

Ahora se produce un silencio largo. Diferente a los anteriores. El muchacho parece ausente, perdido en un mundo interno.

El chico coge su mochila y la pone en el suelo. Después continúa hablando.

– Perdona que vuelva al tema un momento, pero he estado pensando mucho en esos asesinatos. Fueron brutales, inhumanos. Y este...

No encuentra el término, no quiere decir la palabra asesino. Rebusca en su cabeza mientras alarga la vocal de la última palabra. Al final no le queda más remedio y continúa.

– ... este asesino ha salido en los periódicos, en los telediarios, y hasta han hecho un reportaje especial. Es algo original, distinto, una naturaleza nueva que imitar.

Es una casualidad vulgar, las luces de la parada del autobús titilan durante unos segundos. El muchacho está absorto en su discurso. Ya no me mira desde hace un rato, tiene la decisión del hombre con un propósito.

– Voy a hacer unas prácticas de mi carrera. La imitación, la violencia, la naturaleza, el arte. Estuve investigando un poco sobre los tres asesinatos que se produjeron aquí, ¿sabes? Los cuellos desgarrados y todo eso. Algunas teorías dicen que los ha realizado un animal con dientes afilados. Pero yo creo que con un cuchillo de rescate se podría imitar. Un cuchillo de esos como de cortar el pan, con mucho diente.

Y ahí viene. Lo que he estado temiendo toda la noche. Todo está a punto de pasar. Y cuando pase todo será tan rápido que ni me enteraré. Por lo menos tendré esa suerte. Él sigue hablando.

– Antes te he mentado a medias. No soy el asesino, pero sí un potencial asesino. Deberías hacer más caso a las estadísticas, para eso eres de ciencias, se hacen con números reales.

Los hombres y las mujeres somos bestias. La violencia es inherente a nuestra condición.

Mete la mano en la mochila y comienza a buscar algo. Escarba dentro. Percibo cómo aparta algunas cosas hasta que da con algo.

– Voy a dejar de estudiar arte y voy a comenzar a practicarlo. El arte es imitar la naturaleza. La violencia es natural, puede ser bella incluso. Y además voy a hacer algo totalmente nuevo, voy a imitar a un asesino. Tengo que admitir que estoy algo nervioso, es mi primera vez. Aunque bueno, tú también lo estarás. También es tu primera vez...

Y aquí está. El chico está excitado. La sangre viene a su piel y lo colorea. Noto como bulle en su interior. Eso me activa y me excita a mí. Soy capaz de olerlo. He intentado resistirme, igual que traté de resistirme las otras tres veces. Pero la sed me supera, es superior a mi razón. Mi condición me domina. El chico saca lentamente el cuchillo, grande, serrado, imponente. Lo agarra firmemente por el mango. No me mira. Si echara la vista atrás, aunque fuera por un segundo, vería cómo mi pupilas van desapareciendo hasta que todo es un pequeño globo blanco. Mi boca se va abriendo, la mandíbula cruje porque la boca ocupa ahora la totalidad de mi cara. Me crecen mil dientes afilados que se inclinan hacia delante. Mi rostro es una sonrisa imposible de agudas dagas.

El chico está a punto de girarse. Yo seré lo último que vea. Y mañana otra vez las noticias. Una persona aparece desangrada, con el cuello desgarrado. Sangre por todo el lugar. Y todo por lo de siempre. Intenté no cruzarme con nadie. Intenté no provocar para que no se acercaran. Intenté andar rápido para llegar pronto a casa. Pero mi condición, mi maldita condición, me obliga a beberme la sangre de este pobre capullo.